

Galápago

Autor: Salvador Lemis

Dedicado por siempre a la Abuela Chicha, a mami Norlis, a Flora Lauten y a su Gali.

PERSONAJES:

ABUELA JICOTEA

GALÁPAGO

MERCADER, PAPAGAYO

FLORISTA, GAVIOTA

BIÓLOGO, COCODRILO

AGUADOR, BURRO

CARTEL

BARRENDERO, CANGREJO

NIÑOS Y NIÑAS DEL PÚBLICO

RANAS DEL RÍO

ESCENA UNO

(En la orilla del río Quibú, sobre un trono de rocas rodeado por una pequeña selva de bejucos, helechos y palmas reales, está sentada Abuela Jicotea, que usa su caparazón como un velo e inclina tristemente su cabeza arrugada sobre un bastón. Su nieto Galápago, que ha venido de visita, toca la guitarra unas piedras más abajo.)

ABUELA. (Muy débil.) Deja de tocar, pequeño.

GALÁPAGO. ¿Es que no te gusta, abuela?

ABUELA. Apenas puedo escuchar la música.

GALÁPAGO. ¿Te sientes muy mal?

ABUELA. Es como si lo fuera perdiendo todo poco a poco... como si la tierra perdiera sus colores, como si el sol perdiera su brillo y su calor.

GALÁPAGO. No te preocupes, abuela. Esas son ideas que te haces porque está atardeciendo.

ABUELA. Te digo que no, mi Galápago. Es en mi vida donde el sol se pone.
(Esconde la cabeza.)

GALÁPAGO. ¿Pero por qué estás así? ¡Tienes que vivir, abuela!

ABUELA. (Oculta.) Déjame, Gali, así tiene que ser... estoy muy enferma. ¿No entiendes?

GALÁPAGO. ¡Mírame, abuela! (Lo mira.) ¡Salta como yo! (Salta.) ¡Trata de hacerlo!

ABUELA. Ya no puedo, Gali.

GALÁPAGO. Entonces...entonces gira como antes. (Se apoya en el caparazón y gira.)

ABUELA. No tengo fuerzas.

GALÁPAGO. ¡Sonríe entonces, abuela!

ABUELA. Mi boca está marchita.

GALÁPAGO. ¿Y ya no puedes ni siquiera nadar por el río?

ABUELA. El agua está muy fría y eso me hace daño.

GALÁPAGO. ¿Y ya no puedes caminar sobre las piedras lisas?

ABUELA. Hazlo tú por mí, Gali. Apenas puedo sostenerme.

GALÁPAGO. ¿Y ya no puedes trasladar a las hormigas a la otra orilla?

ABUELA. Ya no podré ayudarlas, Gali, ya no podré.

GALÁPAGO. ¿Ni me contarás historias de los mares que no conozco?

ABUELA. Ah, Gali, quiero descansar... he vivido largos años y he conocido todo tipo de aguas. Sin embargo, este río me ha hecho daño... los hombres lo infectaron con cosas sucias y me he enfermado.

GALÁPAGO. ¡Yo limpiaré el río, abuela Jicotea! ¡Llamaré a todos los peces, cangrejos, caracoles...! ¡A todos!

ABUELA. Pero es que al terminar sería demasiado tarde. (Se coloca de espaldas.)
Mira cómo se ha manchado mi caparazón... (Muestra la silueta dibujada de manchas verdosas que semejan un mapamundi, ensuciado por vetas oscuras.)

GALÁPAGO. ¿Y no hay nada que pueda curarte?

ABUELA. No sé, no estoy segura... (Piensa) Creo que hay algo...

GALÁPAGO. Dímelo. Aunque esté en el fondo del mar lo traería.

ABUELA. Se trata de una antigua ilusión.

GALÁPAGO. ¿De algo que deseaste verdaderamente?

ABUELA. Sí, Gali, toda la vida.

GALÁPAGO. ¡Yo te lo buscaré!

ABUELA. Pero es tan difícil hallar lo que deseo, que no tengo esperanzas.

GALÁPAGO. (La besa.) ¡Tienes que tenerlas, abuela Jicotea!

ABUELA. ¿Buscarás lo que deseo?

GALÁPAGO. Sí.

ABUELA. ¿Antes del amanecer?

GALÁPAGO. Sí.

ABUELA. Bien, Gali, ya que te arriesgas te diré mis deseos. (Pausa.) Quizás a otros les parezcan tontas majaderías de vieja, pero tú debes comprenderme... (La voz se le apaga.)

GALÁPAGO. Dime qué quieres, abuela.

ABUELA. Quiero... para esta noche, tres cosas que sólo podrías obtener mañana al amanecer.

GALÁPAGO. ¡Yo las traeré esta misma noche!

ABUELA. Quiero... (Pausa.) ...un pedacito de cielo azul.

GALÁPAGO. ¡Un pedacito de cielo!

ABUELA. También... (Pausa.) ...una gotica de rocío.

GALÁPAGO. ¡Una gota de rocío!

ABUELA. (Apenas sin voz.) Y quiero, quiero una flor que nunca se muera.
(Esconde la cabeza.)

GALÁPAGO. ¡Una flor... que nunca jamás se muera!

ABUELA. (Oculta.) Ve.

GALÁPAGO. ¿Pero me esperarás, abuela Jicotea? (Silencio.) ¿Esperarás las tres cosas? (Silencio.) ¿Prometes...?

ABUELA. (Oculta.) Aguardaré despierta toda la noche. (Saca la cabeza.) Diré a las ranas que canten junto a mi lecho para no dormirme.

GALÁPAGO. Entonces hasta pronto, abuela. Confía en mí. (Baja lentamente de las rocas.)

ABUELA. (Ocultándose lentamente.) Ojalá que así sea, Gali... buena suerte.

GALÁPAGO. (Se va y dice como un eco.) ¡Te traeré la vida!

ESCENA DOS

(En el hueco de un gran árbol tiene su tienda un papagayo viejísimo que ofrece sus mercancías. Galápagó se acerca.)

MERCADER. ¡Todos los que necesiten algo pasen por mi tienda! ¡Mercancías del mundo entero! ¡Joyas del sur! ¡Perfumes del norte! ¡Conservas del este! ¡Aparatos del oeste!

GALÁPAGO. (Trata de hacerse oír.) ¡Mercader! ¡Mercader!

MERCADER. ¡Ah, vienes a comprar algo!

GALÁPAGO. Si usted lo tiene en su tienda...

MERCADER. ¿Cómo se te ocurre desconfiar de mis almacenes? ¡Tengo de todo!
(Le muestra.) ¿Quieres estos bigotes postizos de gato montés?

GALÁPAGO. No. Eso no me sirve de nada.

MERCADER. ¿Cómo que para nada? (Pausa.) Podrías disfrazarte y pasear inadvertido por donde quieras.

GALÁPAGO. Eso no tiene sentido.

MERCADER. (Le muestra.) ¿No querrás un perfume que atrae a quien lo huele? Así podrás ser aclamado por una multitud de admiradores que marcharán detrás de ti... ¿Y quién sabe si alguna tortuguita se prenda de tu olor?

GALÁPAGO. No necesito eso para buscarme amigos.

MERCADER. ¿Qué es lo que quieres entonces?

GALÁPAGO. Quiero... (Pausa.) ...un pedacito de cielo.

MERCADER. (Ríe.) ¡Qué disparate! ¡Eso es verdaderamente imposible! ¿No te sirve igual una piedra preciosa? (Le muestra.) Quizás esta turquesa que parece un trozo celestial.

GALÁPAGO. No, no., no...¿ Y no tendrá una gotica de rocío?

MERCADER. (Ríe.) ¡Otro disparate! ¿Cómo puedes buscar cosas tan insulsas? ¡Una gota de rocío no sirve para nada!

GALÁPAGO. ¡No es verdad!

MERCADER. ¿Qué no? (Saca un puñado de perlas.) ¿Me vas a decir que estas perlas valen menos que millones de gotas de rocío?

GALÁPAGO. ¡Mucho menos!

MERCADER. (Ríe.) ¿Dónde aprendiste eso? (Irónico.) A nadie se le ocurriría decirlo en estos tiempos.

GALÁPAGO. Mi abuela me lo enseñó. Se nos muere si no le llevo esas cosas.

MERCADER. ¿Y no pidió nada más? Algo más material.

GALÁPAGO. Sí. Me dijo que le llevara una flor que no se muriera nunca.

MERCADER. (Ríe.) ¡También es imposible! (Hace una mueca.) Muchacho, acércate. (Pausa.) ¿No crees que lo que quería tu abuela era alejarte por un rato? (Se encoge de hombros.) Quería estar sola.

GALÁPAGO. (Furioso.) ¡No digas esas cosas! ¡Ella las pidió porque las necesita para vivir! ¡Y no le hace falta ninguna de esas mercancías que usted tiene! ¡Adiós! (Se va. El papagayo queda riéndose envuelto en plumas.)

ESCENA TRES

(Galápago llega a un claro del monte donde hay varias cestas de flores con todos los colores del mundo. La florista, que es una gaviota, revolotea sobre ellas.)

GALÁPAGO. ¡Qué jardín más lindo!

FLORISTA. Te equivocas, no es un jardín. Es un mercado de flores.

GALÁPAGO. ¡Ah, qué bien huelen!

FLORISTA. Si las hubieras olido por la mañana, mezcladas con el aroma del amanecer, te hubieran gustado mucho más.

GALÁPAGO. ¿Por qué las vendes?

FLORISTA. Ni yo misma lo sé. Eso se decidió hace mucho tiempo, cuando se descubrió que a la gente le gustaban las flores.

GALÁPAGO. Ah... ¿has vendido muchas?

FLORISTA. Ya casi nadie las compra: sólo puedo vender una cesta o dos al día.

GALÁPAGO. ¡Qué lástima! ¿Por qué no las compran?

FLORISTA. Ahora a casi todo el mundo le gustan los cactus.

GALÁPAGO. Entonces me imagino que comenzarás a vender cactus.

FLORISTA. ¡No puedo! ¡No puedo! ¡Le tengo miedo a las espinas! Me desgarraría las alas entre ellas.

GALÁPAGO. Comprendo, pero pósate un momento: vuelas tan rápido que no te distingo.

FLORISTA. (Se posa entre las flores.) ¿Qué te parezco?

GALÁPAGO. Ah, eres muy linda. ¡Y brillas tanto!

FLORISTA. ¿Mis ojos?

GALÁPAGO. No, tus plumas.

FLORISTA. Ah, será porque atravieso las nubes cuando vuelo y así puedo limpiarlas.

GALÁPAGO. Puedo asegurarte que te ves más linda que esas flores.

FLORISTA. (Sonríe.) Lo dices por halagarme...¿Vas a comprarme algún ramo?

GALÁPAGO. Estoy buscando una flor.

FLORISTA. ¿La has visto entre estas?

GALÁPAGO. No sé... es una flor que nunca, nunca se muere.

FLORISTA. ¡Cuánto lo siento! Mis flores, por fuerza, han de durar un día.

GALÁPAGO. (Triste.) No la tienes... ¿Y qué pasa con todas esas flores si no logras venderlas?

FLORISTA. Se secan... pero yo antes se las regalo a cualquiera. ¡Bueno, a cualquiera no!

GALÁPAGO. ¿Y si no encuentras a quien le conviene el regalo?

FLORISTA. (Sonríe.) Siempre hay alguien que sabe agradecer, pero si no lo hubiese... ¡las regaría por los caminos que llegan hasta mi nido!

GALÁPAGO. Bueno, si no tienes la flor, ¿podría pedirte dos cosas más?

FLORISTA. Dímelas. Dímelas. Dímelas.

GALÁPAGO. ¿No tendrás guardados un pedacito de cielo azul y una gota de rocío?

FLORISTA. (Piensa.) No, no los tengo. Eso no puede guardarse así como así... si quisieras tenerlos por un instante debes esperar a que pase la noche. Sólo por la mañana podrían ser tuyos.

GALÁPAGO. No, no. Mañana sería demasiado tarde.

FLORISTA. ¡Cuánto lo siento!

GALÁPAGO. Entonces tendré que seguir buscando... Adiós y gracias, Florista.
(Se va.)

FLORISTA. (Desde el cielo.) ¡Que los encuentres!

ESCENA CUATRO

(Galápago, apesadumbrado, se sienta a descansar en lo que él cree que es una piedra del camino, pero que en realidad es un cocodrilo Biólogo analizando el suelo y las plantas.)

BIÓLOGO. (Se asusta y, sacudiéndose con fuerza, echa a rodar al pequeño Galápago por la tierra.) ¡¿Quién ha sido?! ¿Quién se atrevió a confundirme con un tronco de árbol?

GALÁPAGO. (Tembloroso.) Yo...

BIOLÓGO. ¡¿Tú?! No debes ser tan famoso, cuando no te conozco.

GALÁPAGO. Los que me conocen me llaman Gali.

BIÓLOGO. Ah, eres una criatura muy interesante, un bichejo excepcional. Déjame mirarte bien... (Lo reconoce.) ¡Debes ser... debes ser... un quelonio! (Le acerca una lupa.)

GALÁPAGO. ¿Un qué? (El Biólogo no le hace caso y sigue con la hierba.)

BIÓLOGO. ¡Oh, pero me estás interrumpiendo el trabajo! ¿No ves acaso que acabo de hacer un importantísimo descubrimiento?

GALÁPAGO. (Tímido.) ¿Qué, que soy un *quelonio*?

BIÓLOGO. ¡¿Estás loco?! Yo no me ocupo de estudiar la fauna, sino la flora... ¡esa es mi especialidad!

GALÁPAGO. Entonces, ¿qué descubrió?

BIÓLOGO. Nadie debe saberlo hasta que no lo confirme, hasta que no sea capaz de demostrarlo, ¿entiendes? Pero te lo diré aunque no me lo creas y así sabrás que soy un Biólogo famoso... (Secreto.) ¡He descubierto que la hierba es verde!

GALÁPAGO. Pero si siempre lo ha sido.

BIÓLOGO. ¡He ahí la cuestión! Se sabe, pero ningún científico lo ha demostrado.

GALÁPAGO. (Aparte.) ¡Qué tontería!

BIÓLOGO. ¿Qué murmuras? ¿Qué mascullas?

GALÁPAGO. Nada, nada. Que quería saber si tenía usted un pedacito de cielo azul.

BIÓLOGO. ¡Eh!, ¿quién te dijo que el espacio, la bóveda celeste, es de color azul?

GALÁPAGO. Bueno, así es como yo lo veo... y así lo ve mi Abuela Jicotea.

BIÓLOGO. ¿Ella es científica acaso?

GALÁPAGO. (Retirándose poco a poco.) No lo es, pero conoce todos los colores del Universo... (Echa a correr.) Y aunque no necesita que se lo demuestren, ella sabe muy bien que todo es de color, ¡todo es de color! ¡Todo es de color!

BIÓLOGO. ¡Habrase visto semejante descaró! ¡Qué me importa a mí que una cosa tenga un color u otro! Lo importante es que sea demostrado, analizado, confrontado, fichado, registrado y olvidado. ¡Aunque para eso tengamos que

quemar todo el bosque, secar los ríos y tapar el cielo! ¡He dicho! (Se va arrastrándose por la hierba.)

ESCENA CINCO

(Galápago encuentra por el camino a un burro Aguador, que lleva dos grandes barriles y unas campanillas colgantes.)

AGUADOR. (Con voz de trueno.) Oye, ¿qué haces ahí? ¿Acaso tienes sed?

GALÁPAGO. No, Aguador, estoy buscando unas medicinas para mi Abuela Jicotea.

AGUADOR. Raras tienen que ser para que no las hayas encontrado aún.

GALÁPAGO. No, lo difícil está precisamente en lo sencillas que son.

AGUADOR. Quizás yo pueda ayudarte entonces.

GALÁPAGO. ¡Qué más quisiera yo!

AGUADOR. Mira, en estos barriles llevo aguas medicinales de todo el planeta. Aquí dentro llevo la frescura del río Cauto, la transparencia del Guadalquivir, la tranquilidad del Sena, la furia del Niágara.

GALÁPAGO. (Con alegría.) Entonces seguramente tendrás unas gotas de rocío.

AGUADOR. ¿Rocío? ¿Rocío? No tengo rocío.

GALÁPAGO. ¿No tienes?

AGUADOR. No, el rocío aparece durante la madrugada y desaparece enseguida. No me da tiempo a almacenarlo.

GALÁPAGO. Entonces tampoco tendrás un pedacito de cielo.

AGUADOR. ¡Mis barriles están llenos hasta el tope; no hay lugar para otras cosas! (Pausa). Como siempre estoy de viaje, prefiero no llevar mucho equipaje.

GALÁPAGO. ¿Y en sus viajes no ha visto por ahí una flor que nunca muera?

AGUADOR. A decir verdad no he visto ninguna así. A veces voy por los campos y aplasto -sin querer- las flores silvestres, pero nunca he visto alguna que reviva.

GALÁPAGO. Bueno, perdone entonces. Tengo que seguir mi camino.

AGUADOR. Yo también. Adiós, nos veremos por algún río.

GALÁPAGO. Adiós. (Se va.)

AGUADOR. ¡Agua! ¡Agua potable! ¡Vendo aguas sin contaminar! (Se va por otro camino.)

ESCENA SEIS

(Galápago llega por los alrededores de una gran Fábrica y camina de puntillas por el prado verde, para no despertar a un Cartel que dice: "PISAR EL CÉSPED", y que duerme profundamente. Galápago estornuda por el humo de las chimeneas.)

CARTEL. (Se despierta y bosteza largamente.) Eh, ¿a dónde vas?

GALÁPAGO. (Asustado.) Perdone, yo... yo no quería pisar el césped, pero...

CARTEL. No te asustes, preguntaba por curiosidad.

GALÁPAGO. ¿No me prohíbe caminar por aquí?

CARTEL. Oh, no, hijo... Si tuvieras deseos de bailar, también te dejaría hacerlo.

GALÁPAGO. ¡Qué extraño! Todos los carteles que he visto en mi vida opinan lo contrario.

CARTEL. Antes yo era así, ahora no me da ni frío ni calor.

GALÁPAGO. ¿Qué lo hizo cambiar de esa manera?

CARTEL. Los hombres que trabajan en esa Fábrica. (Bosteza.)

GALÁPAGO. ¿Por qué?

CARTEL. Cada mañana cruzan el prado sin fijarse en mí. (Suspira.) Me rodean de caminos y me hunden en papeles.

GALÁPAGO. ¡Qué atrocidad!

CARTEL. (Suspira.) No me hacen caso, a pesar de que soy la Ley.

GALÁPAGO. ¿La Ley? ¿Qué cosa es eso?

CARTEL. No es una cosa. La Ley es obligación.

GALÁPAGO. ¿Entonces por qué se burlan de ti?

CARTEL. ¿Cómo podría saberlo?

GALÁPAGO. A mí me parece que no te impones. Debes ser fuerte.

CARTEL. ¿Tú crees? (Medita.) ¿Qué te parece? (Adopta una pose.) ¡No se pasa!
¡No se pasa!

GALÁPAGO. (Ríe.) No, no. Primero tienes que escribir "Prohibido" en el pecho. (Secreto.) Eso sirve para intimidar.

CARTEL. (Lo escribe.) Muy bien: PROHIBIDO PISAR EL CÉSPED.

GALÁPAGO. Sobre todo procura ser fuerte y permanecer impasible.
(Secreto.) Demuéstrales que tú *tienes* la razón.

CARTEL. Muchas gracias, lo recordaré... Pero, ¿tú buscas algo?

GALÁPAGO. Quería ver si quedaba rocío sobre el césped.

CARTEL. ¡Ah, ni yo mismo lo veo! En cuanto viene por la madrugada, se evapora con el calor de la Fábrica.

GALÁPAGO. ¡Qué lástima! (Pausa.) ¿Y no hay flores por aquí?

CARTEL. No. no. Siembran hierba en todas partes. (Burlándose.) No consideran los jardines como algo ornamental.

GALÁPAGO. ¿Y no hay cielo azul?

CARTEL. ¡Hace tanto que no lo veo! El humo de la Fábrica lo llena todo de nubes negras. ¡Imagínate! Los hornos funcionan durante todo el día. (Bosteza.)

GALÁPAGO. ¿Y qué hacen?

CARTEL. (Exagerando.) Unas piezas enormes.

GALÁPAGO. ¿Y para qué, si se puede saber?

CARTEL. Para construir unos barcos grandísimos.

GALÁPAGO. Ah, qué lástima entonces. Para hacer algo tan útil, hacen un derroche inútil.

CARTEL. Así es la ciencia.

GALÁPAGO. Así parece ser.

CARTEL. A mí me han dicho que es igual en todas partes... que por toda, toda la tierra, han sembrado edificios como este.

GALÁPAGO. No lo creas, no es tan grave como lo parece. (Pausa.) Mira, ¿a que no adivinas qué hay detrás de esa Fábrica?

CARTEL. (Piensa.) Pues... ¿montones de piedras?

GALÁPAGO. Frío, frío.

CARTEL. (Piensa.) ¿Volcanes humeantes?

GALÁPAGO. Frío, frío.

CARTEL. ¿Quizás un cementerio de hierros viejos y computadoras rotas?

GALÁPAGO. Frío, frío. ¡Te congelaste!

CARTEL. Me rindo, no puedo adivinarlo.

GALÁPAGO. Ah, no debías claudicar tan pronto. Pues mira: detrás de esas cuatro paredes hay un paisaje tan auténtico, que te quedarías deslumbrado.

CARTEL. ¿De veras?

GALÁPAGO. Sí. (Corre alrededor del Cartel.) Hay cientos de palmas reales y árboles tan verdes como este césped y un cielo que parece un arcoíris de mil colores.

CARTEL. ¿Qué me cuentas?

GALÁPAGO. Todo eso y mucho más. (Pausa.) ¡Hay hasta un río! Aunque está un poco sucio y dañino.

CARTEL. (Sin escucharlo.) Ah, ¡si a los hombres se les ocurriera cambiar esas paredes por cristales sería maravilloso!

GALÁPAGO. Bueno, antes se usaban vitrales, pero dicen que han pasado de moda. (Reacciona al mirar el sol.) ¡Ju, pero si es tardísimo! ¡Debo seguir mi camino!

CARTEL. Me gustaría que esperaras a que salieran los hombres de la Fábrica. Verías cómo los organizaba.

GALÁPAGO. Pero tengo que irme, Cartel.

CARTEL. No importa, ya te lo contaré cuando te vuelva a ver. (Se pone en pose.) Hasta la vista.

GALÁPAGO. Adiós. (Se va.)

CARTEL. (En pose.) ¡No se pasa! ¡No se pasa!

ESCENA SIETE

(Galápago llega a la orilla del mar, donde la arena brilla como el oro y hay varios cocoteros que se agitan con la brisa. Lejos, en el horizonte, el sol se oculta lentamente y lentamente también sale un viejo cangrejo Barrendero, que se ocupa de limpiar la playa.)

BARRENDERO. (Con una escoba.) Perdona, ¿eres un turista?

GALÁPAGO. No, no lo soy.

BARRENDERO. Entonces, deduzco que vives cerca de aquí.

GALÁPAGO. Bueno, más o menos. Mi madre era una tortuga de este mar y mi padre un galápago del desierto, pero yo de vez en cuando visito a mi abuela al río.

BARRENDERO. ¡Ah, yo sí decía: esta forma con carapacho me resulta familiar! ¿Cómo te llamas?

GALÁPAGO. Mi nombre es Galápago, pero todos me dicen Gali.

BARRENDERO. Muy bien, Gali, yo soy el Cangrejo Barrendero y soy el encargado de mantener limpia y brillante esta playa.

GALÁPAGO. Me gusta mucho su trabajo.

BARRENDERO. ¡Repítelo, por favor! Me encanta que me lo digan.

GALÁPAGO. Me gusta muchísimo su trabajo.

BARRENDERO. (Ríe con hipo.) A mí también me gusta, por eso mismitico lo hago. (Transición.) Pero, hijito, a ti te pasa algo... desde que te miré a los ojos te vi la tristeza. ¿Me lo contarás?

GALÁPAGO. (Baja la cabeza.) Sí, es mi abuela, Abuela Jicotea.

BARRENDERO. ¿Ella es tu abuela? ¡Ah, todavía vive ese anfibio ancestral! (Ríe.) ¡Cuánto tiempo hace que no la veo!

GALÁPAGO. ¿Usted la conoce?

BARRENDERO. Claro, hijo, todos la conocen. Ella ha sido muy buena y un poco todos dependemos de su vida.

GALÁPAGO. ¿Cómo dice?

BARRENDERO. Bah, no me hagas caso. No entenderías nada. Nada, nada.
(Transición.) Bueno, pero apenas te he dejado hablar. ¿Le pasa algo?

GALÁPAGO. Sí, está muy enferma.

BARRENDERO. (Pensativo.) Es muy extraño que ella se enferme.

GALÁPAGO. Y me ha enviado a buscarle las cosas que la curarán.

BARRENDERO. ¿Las buscaste?

GALÁPAGO. Buscar, las busqué, pero hallarlas no pude.

BARRENDERO. ¿Qué pide? ¿Acaso el polvo de la luna o un puñado de granizos?

GALÁPAGO. Ni lo uno, ni lo otro. Me ha pedido un pedacito de cielo, una gota de rocío y una flor que no se muera.

BARRENDERO. (Filosófico.) Si se secase el mar, sólo eso bastaría para crearlo otra vez. Te voy a ayudar con lo que pueda.

GALÁPAGO. ¡Gracias! ¿Qué hay que hacer?

BARRENDERO. (Piensa.) Veamos qué se me ocurre, veamos qué se me ocurre.
(Pausa.) ¡Ya lo tengo! Ve hasta aquellas matas y tráeme la mitad de un coco.

GALÁPAGO. (Lo busca.) ¿Qué hago con esto?

BARRENDERO. Con calma, con calma... Llévalo con agua de mar mientras voy al fondo a buscarte algo. (Se hunde.)

GALÁPAGO. (Llenándolo.) Ojalá que esto sirva, ojalá que esto sirva.

BARRENDERO. (Regresa con una rarísima flor marina.) Mira, Gali, esta flor dura mucho tiempo, porque es de las lejanas profundidades y nadie la ha visto nunca.

(Pausa.) Llévasela y que le haga bien.

GALÁPAGO. (Con pena.) Mucho me temo que no le sirva.

BARRENDERO. ¿Por qué dices eso?

GALÁPAGO. Ella quiere una flor diferente... Esta no viviría mucho tiempo en aquel río.

BARRENDERO. Comprendo, no tienes que darme más explicaciones. (Medita.)

GALÁPAGO. ¿Y este pedazo de coco?

BARRENDERO. Mira dentro de él.

GALÁPAGO. (Mira.) ¡Oh, se ven las nubes!

BARRENDERO. Sí, se reflejan en el agua del mar. Llévaselo y quizás le sirva
(Pausa.) No se me ocurre nada mejor.

GALÁPAGO. Hummm, pero hay un problema...

BARRENDERO. ¿Qué pasa? ¿No se refleja acaso el pedacito de cielo?

GALÁPAGO. Sí, pero al llegar la noche sólo se verán las tinieblas insondables.

BARRENDERO. Debo admitir que tienes toda la razón.

GALÁPAGO. Pero queda algo..., ¿y la gotica de rocío?

BARRENDERO. ¿No sabes acaso que cada día cae rocío también sobre el mar?
Como no hay prados verdes, queda confundido entre las olas.

GALÁPAGO. (Esperanzado.) ¡Entonces habrán algunas gotas aquí en el coco!
(Mete la pata y prueba.) Uh, qué amargura.

BARRENDERO. Ese sabor se lo da el océano.

GALÁPAGO. Pero si no hay nada más puro y de mejor sabor que el rocío...
(Triste.) Esto tampoco le servirá de gran cosa.

BARRENDERO. Bueno, hijo, yo sé que tu Abuela Jicotea ha sido siempre muy, muy exigente, pero no se me ocurre nada más.

GALÁPAGO. (Solloza.) ¡Pero debe haber alguna solución! (El Barrendero lo acaricia con sus tenazas.) ¡Se va a morir!

BARRENDERO. (Con una idea súbita.) Quizás...

GALÁPAGO. (Secándose las lágrimas.) ¿Se te ocurre algo?

BARRENDERO. (Se desploma.) Nada, nada, pensé en las lágrimas. ¡Se parecen tanto al rocío...! Pero ahora recuerdo que también son demasiado amargas.
(Comienza a barrer en silencio la arena.)

GALÁPAGO. (Se pasea nervioso.) Seguramente se siente cada vez peor, cada vez más débil... Habrá perdido toda esperanza... (Se fija en el Cangrejo que barre con cuidado una parte de la arena, como para no estropearla.) ¿Has encontrado algo?

BARRENDERO. (Contempla la arena.) Sólo el dibujo de un niño... Ellos vienen, juegan y se bañan, pero siempre me rayan la superficie de la arena. Hacen sus dibujos con un palito y después los dejan olvidados...

GALÁPAGO. Es muy lindo.

BARRENDERO. Sí; por eso yo trato de no pasarles la escoba por arriba. Me gusta mirarlos de noche, cuando no queda nadie en la playa.

GALÁPAGO. ¿Por qué?

BARRENDERO. Son como algo mágico, me hacen mucho bien.

GALÁPAGO. (Con alegría.) ¡Me has dado una idea fantástica!

BARRENDERO. ¿Yoooo?

GALÁPAGO. ¿A dónde han ido los niños?

BARRENDERO. (Señala al público.) Allá lejos, a la ciudad y al campo. Pero, ¿qué ocurre con ellos?

GALÁPAGO. (Afirmando.) ¡Son los únicos capaces de salvar a Abuela Jicotea!

BARRENDERO. ¿Te has vuelto loco? Los niños no saben nada de Medicina.

GALÁPAGO. Precisamente por eso.

BARRENDERO. A mí me gustan los misterios, pero no entiendo este.

GALÁPAGO. Todo será muy fácil. No te preocupes. (Camina lentamente hacia el público.) Adiós y gracias, es la última oportunidad.

BARRENDERO. ¡Buena suerte! (Haciendo bocina.) ¡Y la saludas de mi parte cuando se mejore! (Barre la arena y anochece mientras Galápago llega hasta los niños del público. El diálogo con ellos debe improvisarse.)

ESCENA OCHO

GALÁPAGO. (Entre los niños.) Buenas... ¿Son ustedes los niños de la Ciudad y del Campo? (Pausa.) Vengo a verlos porque mi Abuela Jicotea está muy enferma y sólo ustedes podrían salvarla. ¿Me quieren ayudar? (Pausa.) Pero me hacen falta los niños y las niñas más valientes... Los más decididos, los que no le temen a la noche, los que gustan de correr aventuras... (Escoge.) Quisiera que me pinten en cualquier papel, una florecita silvestre llena de rocío, sobre un prado verde, debajo del cielo azul. ¿Podrán hacerlo? (Pausa.) Entonces, ¡síguenme hasta el río! (Lleva a los niños y niñas hasta el escenario donde está la misma escenografía de

la Escena Uno. Las ranas del río entregan a los niños los materiales necesarios para pintar los deseos de la Abuela Jicotea.)

ABUELA. (Desde el lecho de rocas, con su silueta recortada en la luna llena y en las miles de estrellas de colores que iluminan la escena.) ¿Eres tú Gali? ¿Eres tú? (Saca la cabeza. Ya los niños deben estar terminando.)

GALÁPAGO. Sí, abuela. ¡Te traje lo que me pedías!

ABUELA. ¿Estás seguro de que fue lo que te pedí?

GALÁPAGO. Sí, Abuela Jicotea.

ABUELA. ¡Qué bueno, pequeño! Me siento cada vez peor.

GALÁPAGO. Cierra los ojos: ¡es una sorpresa!

ABUELA. Tengo muy débil la vista, casi no veo nada.

GALÁPAGO. No importa, pronto te pondrás bien. Ciérralos. (Lo hace.) Me pediste un pedacito de cielo azul, una gotica de rocío y una flor que perdure siempre. (Los niños la rodean.) ¡Y aquí tienes más de lo que querías! ¡Abre los ojos!

ABUELA. (Da palmadas y no cabe en sí de gozo con cada dibujo que le regalan. Los alaba y los aprieta contra el caparazón.) ¡Qué feliz me siento! Me han hecho creer de nuevo en los colores del día.

GALÁPAGO. ¡Y mañana llamaré a todos los peces, niños, caracoles y barrenderos para limpiar el río!

ABUELA. Hasta yo misma los ayudaré... Sí, no me mires así. (Pausa.) Ah, pero quisiera pedirles otro gran favor. ¿Están de acuerdo?

GALÁPAGO. ¡Todo lo que quieras, Abuela Jicotea!

ABUELA. Pido perdón por decirlo también de esta manera... pero a veces no entendemos, no entendemos...Ya no queda hielo sobre los polos, ni capa de

ozono para cuidar nuestra piel... hemos perdido muchas especies animales que jamás volveremos a ver... El oxígeno se agota, envenenado por gases... Los ríos se están secando y cada día arrancan selvas y bosques del tamaño de canchas de futbol... Nuestro planeta se nos muere... Y eso es tan triste, tan triste.

GALÁPAGO. ¿Qué podemos hacer nosotros, abuela?

ABUELA. Bien, para empezar quisiera que siempre que vean algún sitio regado, alguna calle sucia, algún río lleno de desperdicios, algún prado lleno de papeles viejos, no se queden sin hacer nada... los limpian pensando en mí y en todas las abuelitas que se enferman en el mundo por culpa de esas suciedades. ¿Me lo prometen?

GALÁPAGO. ¡¡Lo prometemos!! ¡Por la vida y la felicidad! (Coge la guitarra y todos ríen y bailan alrededor de la Abuela Jicotea.)

FIN

(La Habana, 1983, salvadorlemis@gmail.com)